

Mónica se retiró haciendo una pequeña reverencia que no careció de gracia ni de dignidad. Dunois la siguió con mirada de hombre inteligente.

—Es muy original esa chica—dijo.—Parece que ha revolucionado la cocina hace poco. Escuchaba, hacía ya una hora, sin despegar los labios, la conversación de los nobles personajes de nuestra servidumbre y se la creía completamente muda, cuando Fermín, mi ayuda de cámara, dijo algo un poco atrevido, y ella, volviéndose hacia él, le disparó á quema ropa estas palabras: «A su edad debía usted tener vergüenza». Ahora bien; Fermín tiene pretensiones: no sé si habrás observado que presume; pero es calvo, y no es nada joven, aunque quiera parecerlo. Imposible describirte la alegría que semejante estocada causó, á los otros, no á él; y lo más chusco es que él mismo me lo ha contado hace un momento al vestirme, y que no he podido menos de reirme al oírlo, como si hubiera estado yo en la cocina, sencillamente. Esa muchacha tiene pico de oro.

—En efecto, me ha parecido muy franca, pero aplazo mi juicio para más adelante—dijo Hortensia.—¿Sabes que Huberto entra mañana en tu escritorio?

—¡Ah! ¿es mañana?—exclamó Dunois con negligencia.—Bien: ya está advertido el oficial mayor: él allá. Temo que lo echés de menos.

—Estoy segura de ello—replicó Hortensia,—en bastante tiempo no tendré quien lo sustituya por su exactitud y su adhesión; pero no sentiré el bien que le haya hecho á esa criatura, que es, te lo aseguro, muy superior á su condición.

—Ya sabes, querida, que he hecho cuanto has querido—dijo Dunois galantemente.

Besó la mano de su mujer, y se fué al círculo.

Hortensia hizo sonar el timbre llamando á Toinette, é hizo que esta la condujese al lecho.

Todo el mundo dormía aquella noche tranquilamente en la casa de banca á excepción de Huberto, quien,

sin saber por qué se estuvo sollozando y mordiendo la almohada hasta las primeras horas de la mañana.

IX

Al siguiente día por la mañana tenía Mónica su sobrenombre. Desde la señora Toinette que era el principal personaje de la gente de librea, hasta la que freyaba los platos, todos en la cocina la llamaban Mónica Pico de Oro. El señor Dunois la había bautizado así, y aquel nombre debía perdurar.

Supo, de otra parte, hacerse querer: su instinto de aldeana taimada le sugirió cierta prudencia, y cierta reserva, sobre todo, que le fueron muy útiles.

Decía cuanto se le pasaba por la imaginación, á riesgo de herir el amor propio, pero no repetía nunca lo que había visto ú oído. Tan pronto como se le reconoció aquella cualidad, Toinette se apresuró á darle cuenta de ello á su señora que desde entonces pudo formar opinión acerca de la extraña niña que tenía á su servicio.

Mónica había aprendido en seguida las obligaciones de su cargo: sus manecitas encallecidas se suavizaron pronto: sus dedos, diestros en las faenas del campo, tenían una finura de tacto que la hizo hábil y ligera en todo cuanto emprendía.

Su paso firme, algo tardo los primeros días, se aligeró y se hizo callado; sus ademanes bruscos se dulcificaron y atenuaron. En menos de un mes se hizo una doncella muy conveniente, y contra lo que de ordinario ocurre, conservaba toda su sencillez primitiva.

Como lo había previsto Dunois, Mónica leía algo parecido á como se canta la misa en un misal: sin embargo, comprendía en gran parte lo que leía, pero lo leía con énfasis. Hortensia se divirtió con ello algunos

días, porque lo raro del acento y la dicción pomposa, daban á veces carácter cómico á los artículos de los periódicos y á los simples hechos diversos; pero aquel juego perdió pronto su atractivo y Hortensia dió á su lectora algunas lecciones que no fueron perdidas.

Mónica se lo asimilaba todo con una facilidad sorprendente: en su interior, sufría crueles heridas de amor propio cuando se burlaban de ella, y más aun cuando sospechaba un destello de burla en una mirada: para evitarlo, hubiera hecho cualquier esfuerzo penoso: su inteligencia le servía, su voluntad hizo el resto.

Hortensia conoció pronto la tenacidad poco común de aquel carácter, cuyos rasgos se iban afirmando de día en día: notó también cuánto obraban sobre el espíritu de la joven los rozamientos de la vanidad.

—No es conveniente contrariarla—dijo un día Toinette vistiendo á su señora,—cuidado que no cedía á nadie, y sus manos, algo torpes por el reumatismo, recobraban toda su habilidad en torno de su señora cuya cuna había medido.

—¿A qué contrariarla, puesto que es fácil obrar sobre ella de otro modo? Mónica es accesible á la dulzura y á los consejos—dijo Hortensia.

—Sí, cuando es la señora la que le habla—replicó Toinette,—pero no acepta reproche alguno de nosotras.

—¿Qué hace, pues?

—Nada. Mira, y se pone lívida de enojo. Creo que su marido va á tener que sentir, á menos que no la mate en los comienzos.

—Me ha parecido—dijo Hortensia,—que sería capaz de cualquier sacrificio por amistad. Cuando yo le mando algo relativo á mi persona y lo hace bien, la alegría brilla en su rostro.

—No digo lo contrario, en cuanto á eso—dijo Toinette,—pero la creo tan capaz de cometer un desatino en un momento de cólera, como de hacer todo el bien posible á cualquiera á quien ame.

—¿Qué quieres!—dijo Hortensia riéndose,—con tal

de que nos quiera, estaremos en buen terreno.

—En cuanto á quererla á usted, la quiere—dijo Toinette.—Hasta celosa está.

—¿Celosa! ¿de mí?

—Naturalmente: quisiera ser la única en servirla á usted: no está conforme con que esté yo aquí.

Y era verdad. Mónica, tratada con dulzura, bien manejada en su terrible amor propio por su señora, tan buena, tan justa y tan digna de compasión, se había dedicado á quererla con un fervor extraño, semejante á la devoción.

Su naturaleza apasionada la llevaba á emprenderlo todo con exceso. El deseo de independenciamiento que le había hecho considerar su salida de Champcey como un bien, le hubiera hecho insostenible la cadena de la servidumbre doméstica, sin el impulso de ternura y de admiración que la había unido de pronto con la señora Dunois.

Hasta entonces, Mónica, de un fondo violento y tierno, no había querido verdaderamente á nadie. El afecto que le tenía á su madre era el que los aldeanos se tienen entre sí, afecto que tiene más de respeto y de costumbre que de cariñosa expansión. Las madres de aquel país no piden que se las quiera, más bien exigen que se las obedezca. Sufren tanto, quizá, como las demás, cuando sus hijos son ingratos, pero en la altiva reserva con que ocultan sus sentimientos, los mismos que les causan los disgustos lo ignoran, si su propio corazón no se los dice.

Mónica no había querido á su novio. Feliz con ser amada, poseyendo en el fondo de su corazón una amistad verdadera para con el joven complaciente á quien en todo tiempo había conocido dulce y servicial, lo había aceptado con orgullosa alegría; pero el amor no se había manifestado en ella desde el momento de la declaración.

¿Quién es capaz de saber en qué minuto surge el amor en el corazón de una joven que acepta un novio

para casarse con él? ¿Quién sabe hasta qué punto influyen en su resolución, el placer de verse amada, el orgullo de ser solicitada, las esperanzas de porvenir, y las satisfacciones de la vanidad?

Todas esas criaturas jóvenes que han dicho *sí* y que se preparan á entrar en una nueva existencia tan irrevocable como la muerte misma, se expresan de buena fe cuando al hablar de su futuro, dicen: «Lo quiero».

Y no es que lo quieran á él, no; á quien quieren con frecuencia es al amor, que les hace la vida tan dulce y tan nueva, y, con más frecuencia aun, es que esperan hallar en el matrimonio la independencia y la alegría de ser cortejadas.

Lo que Mónica había amado, era el amor: el amor apareció ante ella en medio de un grupo de rosas blancas, como una revelación, casi como un sueño: lo leyó en los ojos de Marín, lo adivinó en sus labios, casi lo sintió, pero quedó detenido en su desarrollo por las circunstancias.

De aquella aparición en su vida, Mónica había conservado una impresión extraña, una especie de descontento, algo así como lo que sentiría el que, sediento y no pensando más que en beber, viera de pronto retirar el vaso de agua fresca ofrecido á sus labios.

Mónica profesaba á Marín mucha amistad, amaba al amor, ó más bien, le hubiera amado si la hubieran dado tiempo para acostumbrarse á amarlo. Poco á poco el amor y el amante se hubieran fundido para ella en una sola adoración, y hubiera vivido dichosa en la vieja casa de los Bonami. Su marcha precipitada había trastornado, no sólo las condiciones materiales de su existencia, sino hasta su ser moral.

La joven aldeana no era precisamente ambiciosa: el lujo en medio del cual vivía ahora, no despertaba en ella idea alguna de envidia: consideraba natural que viviesen de distinto modo que ella, las gentes criadas de modo distinto; pero quería ser considerada igual á todos en lo concerniente á la inteligencia y al buen

sentido. Ella conocía, no la profundidad de lo que le faltaba, pues se necesita ser muy civilizado para saber que no se sabe nada, sino la ausencia de una instrucción verdadera, y la inferioridad de educación que con frecuencia la hacía ruborizarse violentamente.

Mónica no podía soportar el equivocarse en nada, por lo cual, rara vez incurría en falta alguna. Adoró á su señora, porque, sin reprenderla nunca, le indicaba sus errores haciéndole ver al mismo tiempo la manera de no incurrir más en ellos.

Huberto la encontró varias veces: cambiaban entre sí un saludo breve, y no se hablaban sino en el caso de una necesidad absoluta. A pesar de aquella abstinencia de trato, se habían adivinado recíprocamente con bastante aproximación, y á medida que Mónica se aficionaba más á su señora, odiaba con más asperaza á aquel muchachote á quien había reemplazado en su servicio material sin suplantarle en el afecto de su ama.

Aquellos dos niños se habían puesto precozmente celosos el uno del otro: cuando Huberto entraba con los periódicos, Mónica se retiraba con aspecto contrariado para no volver á entrar hasta que oía un golpe en el timbre. Por nada de este mundo se la hubiera hecho entrar en la habitación de su señora durante la hora de lectura. Si algo había que transmitirle á la señora Dunois en aquella hora, se las arreglaba de modo que entrara Toinette ó cualquiera otra persona de la casa.

Todos sabemos lo que un perro favorito se encela de otro perro, por poco que su dueño lo acaricie. Se ve entonces al animal más afectuoso, retirarse de la presencia de aquel á quien quiere, y negarse obstinadamente á acercarse á él en tanto que el intruso no se ha marchado y que el dueño no ha reparado su aparente infidelidad en fuerza de caricias, y esto era precisamente lo que le pasaba á Mónica, sin tener en cuenta que ella era la recién llegada, y que era Huberto quien con más razón hubiera debido demostrar para con ella, un

sentimiento de aquella índole.

El joven, por el contrario, había acabado por acostumbrarse, no á Mónica, que le inspiraba profunda é incurable desconfianza, sino á la presencia inevitable de aquella rival. No se sabe qué sentimiento de íntima superioridad le había hecho comprender que aquella muchacha, por buena que Hortensia fuere para con ella, no lo suplantaría nunca en el corazón de la que él llamaba en su interior su querida madre.

Habíase hecho la luz en su espíritu: después de la desesperación de los primeros días de separación, había comprendido que lo que él había considerado al principio como un destierro, era, por el contrario, una prueba grandísima de afecto.

Había comprendido, por diversos detalles, que había sido suplido, pero no reemplazado; que la señora Dunois se privaba de muchas pequeñeces antes que permitir que otro hiciera lo que había prometido reservar para él, y la herida de su corazón juvenil se había ido cicatrizando rápidamente.

Aquella prueba había tenido para él una influencia definitiva: de un muchacho había hecho un hombre. Había tomado un continente serio, una actitud correcta y severa, que no consentía ya que se le tratara como á un ser insignificante. En menos de tres meses sus antiguos camaradas habían adquirido la costumbre, al hablar de él con los jefes de la casa, de llamarle el señor Huberto, y nadie se permitió con él una libertad de mal género. Estaban contentos de su trabajo y, siguiendo el consejo de la señora Dunois, asistía de noche á las clases de adultos donde aprendía á coordinar las nociones de ciencias y de artes adquiridas al azar en sus lecturas.

Tan grande fué el cambio que hasta el señor Dunois se admiró de él.

Este, iba, desde hacía algún tiempo, más á menudo al cuarto de su mujer: se apoyaba con un codo en la chimenea y seguía con mirada alegre los movimientos

rápidos y precisos de la pequeña servidora, que nunca dejaba de encontrar ocupación para sus dedos.

Hablaba con Hortensia de las cosas del día ó de las de la casa; le pedía á veces su parecer, que seguía entonces casi siempre, y consideraba á su mujer como una buena consejera.

—Has tenido una buena idea—le dijo un día, mientras que Mónica, sentada en la alfombra, seguía con sus manos ágiles los movimientos de su señora, ocupada en devanar una madeja de seda pálida.—El joven Huberto se está haciendo un excelente contabilista: tiene las cualidades del empleo...

Mónica frunció las cejas: le repugnaba instintivamente todo elogio hecho de su enemigo.

Hortensia sonrió dulcemente.

—Así lo creía yo—dijo,—y hubiera sido una lástima dejarlo en una situación inferior.

El rostro de la joven se anubló cada vez más. ¡Una situación inferior! ¿la que ocupaba ella precisamente? Aquello, en verdad, era muy duro; pero la señora Dunois no se fijó en ello.

Pero su marido tenía más vista, y una sonrisa ligeramente burlona se dibujó en sus labios. Se complacía en observar en las movibles facciones de Mónica, el reflejo de las impresiones de su espíritu raro.

—De ese joven se podrá sacar partido—dijo—y no dudo de que llegue á alcanzar una buena posición, con tal de que siga portándose bien.

—Seguirá; no lo dudes—le contestó Hortensia con la alegría de un alma buena, satisfecha de haber realizado con éxito una buena obra.

Mónica hizo dos ó tres movimientos bruscos que enredaron el hilo de seda en sus dedos nerviosos: Hortensia desenredó la madeja con su paciencia de costumbre.

—¿Y ese novio?—dijo Dunois dirigiéndose de repente á la joven,—¿qué hacemos de él, Mónica?

Ella se puso encarnada y no volvió hacia él la ca-

beza, pero Dunois vió colorearse la nuca bajo los rizados cabellos.

—¡Admirable encarnación!—pensó el epicuro,—corre la sangre á flor de la piel: debe ser blanca como la leche.

—¿No escribe?—preguntó riendo.

—Escribe—contestó la joven sin moverse.

—¿Me enseñará usted sus cartas?

—No señor.

—¿Por qué?

—Le he prometido no enseñárselas á nadie.

—¿Absolutamente?

—Lo he prometido.

—Mónica hace bien en cumplir lo que ofrece—dijo Hortensia con su voz tranquila.

Dunois abandonó la chimenea.

—Es verdad—dijo—debe uno cumplir lo que promete. Vamos, hasta otro rato, mi querida Hortensia: adiós, Mónica.

Y salió, como un buen muchacho que era, con sus maneras desembarazadas y algo protectoras.

—¿Cómo está el novio?—preguntó Hortensia cuando la puerta se hubo cerrado.

—Está bien, señora; gracias—repuso la joven prudentemente.

—¿Le escribe á usted?

—Sí señora: me escribió la semana pasada: se ha colocado con buenos amos, en una gran finca cerca de Isgny.

—¿No se aburre?

—¡Oh! sí. Se aburre, porque no me ve.

Mónica guardó un momento de silencio y añadió:

—Encuentra largo el plazo: ¡tres años!

—¿Y usted, es de su mismo parecer? /

Mónica hizo una mueca.

—Largo es, si se quiere; pero en fin; ya han pasado tres meses.

—El tiempo es más largo para él que para ella—se

dijo la señora Dunois examinando con curiosidad á su criadita, que en aquel momento iba y venía por la habitación.—Eso se comprende: él no piensa más que en ella, y ella piensa en cualquiera otra cosa.

En esto entró Huberto, y Hortensia, fijándose en él, se sorprendió de verlo tan alto y tan hombre. Comprendió de pronto y por primera vez, que había desaparecido por completo el niño y que tenían razón los criados al llamarle «señor».

Mónica se eclipsó como de costumbre, y Huberto, que se había acercado á la silla larga, permaneció de pie delante de su protectora.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó ella sonriendo.

—Nada, que yo sepa, señora—repuso él.—Hoy es día de fiesta; las oficinas están cerradas, y he venido...

—¿A hacerme una visitita? Está muy bien.

Hortensia comprendió en aquel instante que le sería imposible tutear por más tiempo al joven, por antigua que fuera la costumbre.

—¿Ha ido usted á dar un paseo?—le preguntó sin mirarlo porque no ignoraba la pena que le producía.

La mirada que él fijó en ella, fué tan intensa como la de un enfermo que intenta penetrar la expresión del semblante de su médico: luego bajó los ojos, se puso pálido, y en vez de contestar á la pregunta, dijo con voz comprimida.

—¿Está usted incomodada conmigo, señora?

Hortensia no quiso mirarlo.

—No, hijo mío—le dijo,—pero crece usted tanto, que es imposible tratarlo ya como á un arrapiezo.

Huberto guardó silencio.

—¿Bueno, y qué?—preguntó ella con alguna impaciencia.

—Señora, que tiene usted razón siempre, y que le doy á usted las gracias por todo cuanto ha hecho en obsequio mío, porque, en lo que á mí toca, no hay una sola acción en usted que no proceda de un buen pensamiento.

La conmovedora sumisión con que se expresaba á pesar de la pena evidente que sentía, conmovió á Hortensia, pero no lo demostró.

—No me ha dicho usted aun si ha estado de paseo— le dijo con mucha dulzura.

—Como hoy es 1.º de Noviembre, he ido al cementerio—dijo.

Hortensia bajó la cabeza. El día antes había hecho llevar á la tumba de su niño cuantas rosas blancas tardías se habían podido encontrar de venta. Su esposo no se había acordado de ello, pero Huberto sí... Después de todo, quizá no hubiera ido allí más que por su madre.

—¿Está en buen estado la tumba de María?—preguntó con el deseo instintivo de saber la verdad.

—Sí señora: el jardinero la cuida muy bien...

Huberto sacó del bolsillo interior de su americana dos capullos de rosas blancas apenas marchitas y los presentó con timidez á Hortensia, que los reconoció.

—Los he cogido en la tumba del niño—dijo de una manera vacilante,—y he creído que le causaría á usted algún placer tener hoy algo de allí...

Hortensia no pudo contener aquella vez las lágrimas ni dejar de dar con ellas las gracias al joven. Extendió la mano, cogió las dos rosas, las aspiró un instante, y las colocó sobre sus rodillas diciendo:

—Gracias.

Huberto se había vuelto. De pronto se fué hacia el pupitre, cogió un tiestecito de porcelana de Sajonia, vertió un poco de agua y volvió cerca de su señora: sin decir una palabra, puso ésta las dos flores en el tiestecito, que el joven colocó al alcance de la vista y de la mano, sobre la mesa próxima.

No habían pronunciado una palabra, y ambos estaban mutuamente agradecidos.

La señora Dunois miró hacia la ventana, que entristecía el fugaz crepúsculo de Noviembre.

—¡Un invierno más!—dijo,—¡otro largo invierno

que pasar encerrada!... En verano, por lo menos, voy al jardín.

Huberto vió de repente surgir en su memoria tantas horas de sol pasadas bajo los árboles, cerca de macizos de heliotropo y de reseda que embalsamaban... ¡Ya estaban muy lejos: por más que aquellas horas volviesen para la señora Dunois, ya no volverían para él! ¡Aquello había concluído! ¡Había entrado en la vida!

¡Cruel vida! Ella le quitaba todo lo que había constituido su alegría ¿qué pudiera darle en cambio, que valiera lo que aquello? Comprendió entonces que toda su vida se había reducido á servir y á querer á la señora Dunois.

—No sé por qué—dijo ésta,—se ha de poner uno triste al ver acercarse el invierno: para los demás es una estación agradable; para mí, únicamente, es el fin de todas las alegrías. Los que salen, tienen menos que sentir.

Huberto comprendió que el invierno había llegado también para sus almas. En otro tiempo, primaveras y otoños le importaban poco, pero ahora, los días serían largos bajo el gas ardiente que se quema con un chisporroteo incitativo. Allí, en aquella hermosa habitación clara era donde se pasaba bien la vida en las horas alegres del día, así como, cuando la lámpara, cubierta con su pantalla, proyectaba una luz dulce sobre las personas y sobre los objetos. Había en el muro, detrás de la señora Dunois, un paisaje en un marco dorado, que tomaba de noche tintes deliciosos: los árboles claros se fundían con el cielo gris en indecible armonía melancólica: algunos puntos de oro brillaban únicamente en el cuadro atrayendo la mirada. El había admirado aquello muchas veces y se admiraba ahora de haber podido ver otra cosa que el rostro de la señora Dunois colocado debajo, tan armonioso, tan pálido y tan bello como el paisaje de Corot.

Declinaba el día: entraba por las ventanas situadas del lado de poniente, una claridad rosácea, y el rosa de

aquel crepúsculo parecía haberse encontrado en las mejillas de Hortensia. Huberto la miraba sin pensar siquiera en ello: nunca la había visto tan hermosa ni tan delicada. Creyó notar que había adelgazado, que sus ojos estaban hundidos, que su sonrisa había entristecido... Quizá fuera verdad, y sentía un disgusto sin límites al pensar que toda la ternura y toda la abnegación que él sentía hacia ella, no podrían evitarle á aquella santa, ni un sufrimiento físico, ni un dolor moral.

El señor Dunois era muy culpable...

Cuando Huberto llevaba aun la librea de groom, no sabía nada del señor Dunois: los criados tenían quizá sus razones para no hablar entre ellos mal del amo, y, de otra parte, nadie se hubiera permitido la menor reticencia delante del chico, porque ¿quién se hubiera atrevido á causar algún disgusto á la señora? ¿no sabían todos que el muchacho era incapaz de ocultarle nada á su querida protectora?

Pero en el escritorio, los empleos no habían guardado la misma reserva, y Huberto supo en seguida cosas que nunca había sospechado. La confianza infantil que le había inspirado el señor Dunois como ser superior, desapareció al impulso de una mano brutal. Las calaveradas del señor, convertido en «patrono» le fueron reveladas, y entonces comprendió Huberto por qué Hortensia no preguntaba nunca por su marido, ni adónde iba, ni lo que hacía.

La infancia y la primera juventud, toman á veces tierra de repente al héroe de la víspera, despojado de la grandeza de que se le había revestido. Huberto experimentó para con el señor Dunois una de esas desilusiones que hacen injustas á las personas. Le tuvo tierra, sobre todo, por haberle causado tantas penas á su mujer, y estaba relativamente descontento de sí mismo por haberlo considerado hasta entonces como una profesión, casi como un dios, no siendo más que un hombre que, haciéndole favor, no era otra cosa que un amable é inteligente epicuro.

Cuando pensaba en todo esto en el silencio de la oscura habitación, en tanto que Hortensia pensaba en las rosas enviadas por ella á la tumba de su hijo, y cuyo perfume parecía llegarle á ella desde el cementerio semejante al alma del niño, entró Mónica con el quinqué.

No había podido prescindir de hacerlo: aprovechando la festividad del día, la servidumbre se había dispersado más ó menos, y tuvo, á pesar suyo, que presentarse delante de su enemigo. Huberto, como para cederle el sitio, se levantó de la silla en donde acababa de pasar silenciosamente un momento á la vez dulce y penoso.

—¿Se marcha usted?—le preguntó Hortensia como si despertara de un sueño.

—¡Calla! ¡le habla de usted!—pensó Mónica con alegría.—¿Se habrá incomodado con él? ¡Qué felicidad!

Huberto contestó algunas palabras y se dirigió á la puerta: la señora Dunois lo llamó por su nombre.

—No le he dado á usted las gracias—le dijo.

El se acercó invitado por un ademán.

—Me ha causado usted mucho, mucho...—buscaba una palabra que no fuese placer, y no encontrándola, le tendió la mano.—Muchas gracias.

Huberto no se atrevía á estrechar aquella mano como un igual, ni se atrevía tampoco á besarla como un niño: ella oprimió suavemente la mano del joven y retiró la suya en seguida: era la primera vez que lo trataba como amigo. Huberto se sintió inundado de orgulloso júbilo.

—Me portaré como un hombre—dijo respondiendo á su propio pensamiento.

—Estoy segura de ello—replicó Hortensia sonriéndole.

Y era verdad: él no era ya un criado para su bienhechora sino un hijo, un amigo... ¡De qué modo iba á trabajar para merecer aquella dignidad! ¡De qué modo tenía que velar sobre sí mismo para mantenerse á la altura de tal sentimiento!

Mónica se había deslizado contra la silla larga, y sentada en la alfombra como un perrito familiar, acariciaba con la palma de la mano el cobertor de pieles cuyo contacto sedoso le producía un leve estremecimiento entre ambos hombros. Esto era algo inquietante, y le gustaba á ella.

—Señora—dijo,—¿sabe usted una cosa?

Las ideas de Mónica eran con frecuencia originales: Hortensia la escuchó con bondad.

—Debiera usted tutearme—le dijo.—Usted ha tuteado á Huberto cuando la servía, ¿es que yo no la sirvo á usted tan bien como él?

Hortensia se sonrió. No, Mónica se forjaba ilusiones: jamás reemplazaría á Huberto en su servicio; pero era inútil decírselo.

—¡Me causaría tanto placer eso! diga usted, señora, se lo ruego.

—¡Sea!—contestó Hortensia sonriendo.—Después de todo, será más cómodo.

Mónica incorporándose sobre sus rodillas, asió la mano de Hortensia, que besó repetidas veces.

—¡Oh, señorita!—dijo,—¡cuánto la quiero, ay, cuánto la quiero á usted!

Aquella explosión sorprendió algo á la señora Dunois, que no se la esperaba: hasta entonces, la reserva de su servidora no se la había dejado prever.

—¿Tanto me quieres?—le dijo.—Ten cuidado con no quererme demasiado: ya sabes que las personas que se empieza por quererlas mucho, se acaba, á veces por no quererlas bastante.

—Señora: no hay peligro de eso. ¡Usted es tan buena, y tan hermosa... y tan buena! — repitió, como si aquella palabra resumiera todos sus sentimientos para con su ama.

—Bueno, basta—le dijo ésta sonriendo.—Ve á divertirme: hoy es día de fiesta: déjame.

Mónica se retiró casi bailando de gusto, y Hortensia se quedó sola con las rosas blancas que se habían ani-

mado y que esparcían por la tibia atmósfera su delicado perfume.

X

—¡Mónica!

La joven se volvió al oírse llamar: el señor Dunois subía detrás de ella la escalera alfombrada, y no había sentido sus pasos.

—¡Señor!—le contestó.

El seguía subiendo, y como ella se encontrara más alta, él le cosquilleó en las pantorrillas con la contera del bastón. Mónica permaneció imperturbable.

—Estás muy bien con tus faldas cortas—le dijo él,—y tienes unos pies muy bonitos, pero llevas unos zapatos muy feos.

—Son buenos para cuando hace mal tiempo—contestó ella,—no se moja una los pies.

—Pero resultan feos en casa. Además, hacen ruido.

El la había alcanzado: ella siguió subiendo los escalones de dos en dos, y pronto llegó á la meseta.

—No debías llevar eso—insistió Dunois paseando la contera del bastón en torno del pie de la joven, bien arqueado sobre la alfombra.

—No soy bastante rica para comprar calzado fino—contestó ella con algún mal humor.

—¿Lo crees así? ¡Lo que es la avaricia! ¿Y el ser bonita no vale nada?

—¿Es que no soy bonita tal como voy?—preguntó audazmente Mónica.

Dunois se echó á reír.

No era la primera vez que le ponía una vara á la joven, como se suele decir: al principio, ella no se había atrevido á contestar; después se animó, y luego, que la virtud lugareña no repugnaba aquellos escarceos